

LA SIERRA DE SOMONTÍN

por Baldomero Oliver Navarro, "el Rulo"

La narración que voy a desarrollar en adelante en el presente artículo, está basada principalmente en el punto de vista personal del autor del escrito y por otra parte, de las muchas referencias que me llegaron, principalmente de mi padre: Pedro "el Rulo" Oliver y mi suegro: Gervasio "Faustina" Acosta y de otros antepasados nuestros, que hoy ya han desaparecido.

El objetivo primordial de este relato y mi intención es: el hacerlos llegar y notificarlos a las nuevas generaciones de somontineros, o refrescar la memoria de los otros más mayores, como fue la manera de defendernos no hace mucho tiempo y de donde provenía la mayor fuente de riqueza en la que vuestros antepasados más cercanos, en muchos casos, se tuvieron que mover para conseguir su sustento diario, sobrevivir en otros y en unos pocos, conseguir una cierta fortuna.

Fueron días muy duros para todos los somontineros, en los que tuvimos que adaptarnos a lo que nos deparó la vida, eran momentos de salir adelante como fuese día a día, donde el horizonte, la línea que nuestros ojos podían divisar, no llegaba más allá de los límites de nuestro pueblo, o apenas podíamos pasar, como mucho, a los pueblos de la comarca del Almanzora, no llegábamos mucho más allá, ya que no había los medios de comunicación y transporte que hoy se poseen y por tanto estábamos anclados en nuestro querido pueblo sin muchas más posibilidades de cambio.

Si la línea del horizonte era muy corta y no llegaba lejos, nuestra imaginación también estaba limitada y no podía viajar mucho más allá, por aquella época no había muchas referencias de lo que el futuro nos podía deparar, no teníamos ventanas llenas de imágenes, televisión, internet, o noticias rápidas de lo que estaba pasando en el resto del mundo, más bien estábamos casi aislados, encerrados en un pequeño término municipal, situado al pie de una sierra, a donde apenas llegaba algún periódico de la época con algunos días de retraso o semanas, y poco más tarde comenzábamos a sentir alguna emisora de radio que a duras penas podíamos sintonizar, pero en torno a la misma, casi todo el pueblo se reunía para saber las últimas noticias, aunque no nos afectase, o no nos importase demasiado lo que decía, o nos resultase casi increíble de imaginar, el que en una caja de madera pudiera haber tanta gente hablando.

En este ambiente quiero situaros, para que comencéis a tener una pequeña idea de cómo era el Somontín del final del siglo XIX y comienzos del XX y posterior, donde vuestros abuelos y padres se tuvieron que mover, luchando diariamente para conseguir vivir lo mejor y más dignamente posible.

Espero que el relato sea de vuestro interés, y quiero deciros que es mi visión particular, enriquecida por lo que me transmitieron otros, a los que también, con este recuerdo, deseo honrar su memoria y la de todos los somontineros que han luchado como verdaderos jабatos, para conseguir que Somontín siga hoy vivo y lleno de esperanza hacia el futuro. Sólo intento transmitirlo, para que el día de mañana todo esto no quede en el olvido.

El presente escrito está abierto, para que cualquiera de vosotros que tenga otra interpretación o más datos que enriquezcan éste, los aporte y entre todos podamos recuperar algo de nuestro pasado, que es de todos y a todos nos pertenece.

Un fuerte abrazo a todos somontineros y a todos los que de alguna manera se sienten ligados y quieren nuestro pueblo.

La Sierra de Somontín

En la Sierra de las Estancias del sistema montañoso o Cordillera Penibética, frente a la Sierra de los Filabres, al norte de la provincia de Almería, está enclavada la Sierra de Somontín, que a lo largo de los cientos de años de historia y de existencia de nuestro pueblo, ha sido la principal fuente de riqueza de la que nos hemos beneficiado todos los somontineros, ya que de nuestra sierra emana la razón de ser de nuestro municipio, comenzando por la Fuente de San Sebastián, a la que entorno a la misma nos hemos ido agrupando y concentrando nuestras casas desde el inicio de la habitabilidad de nuestro término municipal y de la que nos hemos surtido del agua que necesitamos para subsistir nosotros mismos, nuestros animales y como no, nuestros campos, que se han beneficiado del sobrante de aguas de la fuente de Somontín, o de la gran cantidad de fuentes que desembocan en nuestras balsas, que también se nutren de las aguas que bajan de la sierra, para que reguemos y a cambio ofrecernos una enorme cantidad de productos agrícolas, desde todo tipo de frutas, verduras, cereales, etc., con las que hemos cubierto nuestras necesidades más primordiales de subsistencia.

La Sierra de Somontín ha sido siempre para los habitantes del pueblo, una fuente inagotable de recursos y de riqueza, que han servido para que miles de somontineros vivan en parte de ella, a lo largo de los años y encuentren los recursos naturales necesarios para sobrevivir en un ambiente natural muy duro y hostil.

Nuestra sierra ha sido una despensa de recursos naturales: tenemos una gran riqueza que comienza con la recaudación y reconducción del agua, la diversidad de la fauna animal: perdices, palomas, jabalís, conejos, liebres, zorros, tejones, garduñas, etc. y la variada vegetación que nos ha proporcionado un diverso arbolado y plantas de las que nos hemos aprovechado constantemente: pinos, chaparros, aliagas, retamas, cañas, tomillo, romero, espliego, rascavieja, abelfilla y sobre todo el esparto.

La sierra de Somontín, desde la fundación del núcleo poblacional tal como lo conocemos ahora, tras la expulsión de los moriscos que vivieron en nuestro término municipal antes que nosotros, hará ahora aproximadamente unos 750 años, con la repoblación de las tierras, ha fundamentado principalmente su riqueza y medios de vida de los habitantes de nuestro municipio en el agua que emana de la Fuente de San Sebastián a lo largo de toda la historia de todos estos años, lo que le ha permitido el cultivo de su huerta, que siempre ha sido regada por el agua que provenía de la parte alta del término municipal: LA SIERRA.

De nuestra sierra dependíamos casi totalmente para poder salir adelante a lo largo de los siglos, pero vamos a centrarnos en los finales del siglo XIX y principios del XX y años posteriores, en los que hay que situar el desarrollo de la presente narración, ya que esta es mi intención y mis recuerdos y fundamentos, están enraizados en este espacio de tiempo en el que me tocó afortunadamente vivir.

La Sierra de Somontín es y ha sido siempre un bien comunal, del que nos hemos aprovechado todos los hijos del pueblo, para poder usar y beneficiarnos de su riqueza; para ser hijo del pueblo había que haber nacido o estar ligado al pueblo por vínculos familiares: estar casado con alguien o tener hijos en el pueblo, o adquirir bienes y empadronarse, en caso de venir de fuera.

El talco o jaboncillo

La revolución industrial que tiene sus orígenes en el mundo moderno, hará ahora unos 200 años aproximadamente, hace que el ser humano comience a estudiar, investigar, inventar todo tipo de ingenios mecánicos, instrumentos y combinaciones de materiales, para conseguir que éstos le faciliten mejores formas de vida y que se descubran nuevas fuentes de riqueza para los pueblos, zonas, comarcas, regiones y países.

Esta lucha por la investigación y por el progreso, está favorecida por la aplicación de nuevas técnicas y por el aprovechamiento de materiales que faciliten otros productos, que sirvan para comercializarse y a su vez enriquezcan a los promotores y productores.

Uno de estos materiales comienza a tener una demanda muy importante en el mercado comercial con la nueva situación mundial y hay que ir a sus fuentes de nacimiento en busca de su extracción, se trata del Silicato de Magnesio, más sencillamente: polvos de talco o para nosotros los somontineros: JABONCILLO.

El Silicato de Magnesio o Polvos de Talco, consiste en un preparado mineral de textura muy fina, suave al tacto, que se presenta en masas de láminas blancas, del grosor y textura al de las hojas de una flor, muy fáciles de reducir en polvo finísimo, se encuentra principalmente en rocas eruptivas y metamórficas.

El talco debido a su escasa dureza, sirvió de base para comenzar la escala de minerales, que empiezan por el talco y acaban en el diamante, así pues es el primero en este orden mineral.

A lo largo de los siglos se ha venido utilizando para muchísimos usos, en un principio se utilizó para esculpir y moldear esculturas y más tarde se le han encontrado nuevas aplicaciones, como es el satinado de papel, la fabricación de pinturas, insecticidas en polvo, el lubricado en seco en la industria textil y sobre todo se ha usado en la confección de perfumes y derivados.

El talco molido tiene la propiedad de absorber la humedad, aislar y dejar la piel seca y muy suave, de ahí que se haya empleado tradicionalmente para secar el culito de los bebés. Así pues, hemos encontrado la razón comercial e industrial de la explotación de este producto, la demanda social a la cual se destina, para que tenga sentido su extracción.

La Sierra de Somontín nos ha dado abundante y generosamente un producto: el talco o jaboncillo, ese oro blanco que hubo que extraer de las entrañas de la tierra, a base de pico y espuerta, teniéndonos que arrastrar a través de larguísimas y estrechas galerías, pasando por un montón de trancas y escalones, o de bajar y subir miles de veces a los profundos pozos, cavados a base muchos sudores, amarrados a las cuerdas que se enrollaban en los tornos, este trabajo para la economía del pueblo ha sido esencial a lo largo de los más 100 años que ha durado su explotación.

En nuestra sierra se daban especial y abundantemente 2 tipos de talco: el blanco puro, que se presentaba en bloques y cantos, era el más apreciado y el reunía una excelente calidad, y era empleado para la confección de los productos más refinados y el moreno, que tenía un color grisáceo, debido especialmente a las filtraciones de agua que arrastraban sedimentos arenosos procedentes de la composición rocosa de las montañas de la sierra, dándole ese color turbio y oscuro, éste era de inferior calidad y se empleaba en la composición de materiales más bastos, como por ejemplo para hacer jabón, por supuesto su precio también era bastante inferior.

Las minas y pozos de talco

Nuestra Sierra desde siempre ha sido un bien comunal, propiedad del municipio: de todos los somontineros, todos los hijos del pueblo tenían derecho a su riqueza, por esto cuando comienza la explotación de la extracción del jaboncillo, prácticamente la totalidad de los habitantes del pueblo se dedican a desarrollar este trabajo, puesto que en un principio, a mediados y finales del siglo XIX y principios del XX se conseguía sacar muy fácilmente, puesto que estaba a flor de tierra, como en el Taritatron, los Laborcicas, el Rendío, el Zagal, el Trabajoero, los Golondrinas, que labrando con un arado romano lo sacaban, pero con el tiempo estos medios tan fáciles se fueron terminando.

Aproximadamente por el año 1920, se comienza una nueva forma de trabajo, como por ejemplo hacer algunos pozos y abrir algunas minas, como la mina Dura de unos 40 metros, la Larga de unos 100 metros, la Teja de unos 80 metros y la más importante en el Benerito: el Pinato de unos 150 metros de largo, hubo otras minas de menos importancia que sus propietarios fueron abandonando su explotación, se cansaban de trabajar ante la poca producción y rentabilidad que daban, una vez abandonadas por sus propietarios, éstas podían ser ocupadas por nuevos mineros que intentaban tener mejor suerte.

Una de las causas más frecuentes, por las que se decidía también el abandono de una explotación minera, era el encontrarse a menudo con filtraciones o vetas abundantes de agua, que hacían imposible seguir adelante por ese camino y había que buscar otro por donde seguir accediendo al filón o veta, por lo que se tenía que abandonar y proceder a picar otra entrada para encontrarle por otro lado.

En la mina el Pinato no pasó lo mismo, casi siempre perteneció a la familia Benigno, hasta que un día, por ser mayor el padre, decide venderla y la compramos José Galera Lucas "el Hornero", Juan Fernández "Mangurrino" y el que os relata el presente artículo: Baldomero Oliver Navarro "el Rulo", con el tiempo el jaboncillo se fue agotando y voluntariamente la abandonamos y tuvimos que emprender, allá por el año 1964, el camino que siguieron una gran cantidad de somontineros, el de la inmigración a Alemania, para buscar mejores perspectivas de futuro y mejores condiciones de vida.

La explotación de los pozos de talco comienza a realizarse en el Cerrillo, los que dieron bastante y abundante material y muy fácil de sacar, pues su profundidad no pasaba de los 15 metros y todo el material que se sacaba era de una calidad buenísima, de un blanco limpio y puro.

En Somontín se utilizaron dos formas de extracción del talco: la vertical, o sea el pozo y la horizontal: la mina, se organizaban en grupos o collas de obreros que podían ser desde parejas hasta un número indeterminado de hombres.

Los pozos se comenzaban a descubrir a partir de una entrada o boca totalmente redonda y a cielo abierto, que podía tener aproximadamente entre 1'5 a 2 metros de diámetro y se seguía picando con esta misma anchura, hasta que se llegaba a su agotamiento.

Los primeros pozos que se cavaron fueron el del "tío Sordillo", padre de María Acosta, que aún vive a caballo entre Granollers y Somontín, el hombre tuvo muy mala suerte, murió aplastado por un liso que le cayó mientras trabajaba, allá por el año 1925. Otro de los pozos importantes fue el del "tío Pedro Candelas", del cual aún vive en Mallorca su hijo Antonio "el Candelitas" que ya pasa los 92 años. También fueron importantes el pozo del "tío Cachelas", el pozo la Carpa, pero el que se llevó la palma de todos entre los muchos que hubo, fue el del Cortijillo, propiedad de Anselmo Echeverrías, que reunía unas condiciones idóneas para trabajar, ya que para ello se construyó un habitáculo, para proteger a los trabajadores del calor tórrido del verano y del frío y viento en invierno, y así poder sacarles mayor productividad. El cerro donde estaba enclavado tenía unos 300 metros de largo por otros tantos de ancho.

Cuando se agotó el Cerrillo, la explotación siguió hacia arriba, subiendo al Cerro Gordo, donde las condiciones de trabajo empeoraron, por el desnivel del terreno, los pozos se tenían que hacer más profundos, algunos como el pozo los Cinco, llegaron a tener una profundidad de unos 45 metros, en este pozo desgraciadamente, también hubo otra víctima mortal: José "el Pizo", era un 12 de agosto del año 1952, cuando estaba bajando al pozo para iniciar su labor de minero, se rompió la cuerda que le sujetaba al torno, precipitándose al vacío y estrellándose en el fondo del pozo, fue rescatado y aún se agarraba a la vida, pero poco después, cuando era llevado al pueblo falleció, no pudiéndose hacer nada por él; otros pozos de gran profundidad fueron el pozo Falange, el Sequero, el de los Zurdos, el Gorrión, los Aburrios, el de los Padillas, los Nanos y muchos otros.

También voy a citar otros dos accidentes muy graves, pero que no llegaron por suerte a ser mortales, fueron los que sufrieron en primer lugar Anselmo Oliver Azor "el Beta", era por Semana Santa y quedó atrapado durante 3 días, bloqueado por una roca que le cayó encima, que al final pudo ser levantada para poderle sacar; el otro accidente fue el que sufrió Amador Mesas "el Pizo", allá por el año 1959 aproximadamente, cuando trabajando en una mina al pie del Cerro Gordo, le cayó encima un liso de laja, lanzándole hacia delante y aplastándole la columna vertebral, Amador pudo ser rescatado y tras pasar un largo y duro periodo de recuperación, aún vive hoy y puede contarlo.

En estos pozos, debido a su profundidad, tuvieron la suerte de encontrar jaboncillo moreno a unos pocos metros antes de llegar al blanco, pero la cosa se complicaba, ya que para llegar al blanco había que atravesar una capa de chiscarra muy dura de unos 5 ó 6 metros, con lo que había que echar mano de la dinamita para poder abrir paso y acceder el precioso y blanco mineral.

Para romper la roca, había que agarrar el marro y el puntero o barrera, hacer el agujero para meter el barreno, enchufar la mecha a la dinamita, pegarle fuego y salir lo más rápido que se podía, ya que había que reventar la roca a base de barrenos, cuando no había otro remedio y en ello, a veces nos jugábamos la vida, aunque en Somontín hubo algunos accidentes, pocos fueron tan dramáticos y lamentables como los tres anteriores a los que hemos hecho referencia.

Se llegaron a abrir vetas de jaboncillo moreno en el pozo la Falange, o en el de los Cinco, de una anchura que iba desde 25 centímetros a 5 metros, parecía que aquella riqueza no se acabaría nunca.

En el cerro de la Albarda se abrieron 2 pozos, que dieron una gran cantidad de jaboncillo: el pozo de la Culebrina y el Tardío, pero no en todos los pozos que se abrían se tenía la suerte de llegar al ansiado mineral, en este lugar el "tío Fernando Mollina" se puso a cavar un pozo, llamado de la Virgen de los Dolores, que llegó hasta una profundidad de unos 30 metros y no tuvo suerte, no sacó nada, trabajo, tiempo e ilusiones perdidas, los que trabajábamos en el Tardío, le dijimos varias veces que no gastase ni tiempo, ni trabajo, ni dinero, ya que la veta no corría en dirección a su pozo, le aconsejamos que bajase a nuestro pozo para que así lo viera y comprobara, al final nos hizo caso y al poco tiempo lo abandonó, tras haberse gastado bastante dinero, puesto que tuvo que emplear mucha dinamita en barrenos.

Otro de los cerros que dieron una gran cantidad de jaboncillo fue el Cerro de la Cruz, en el que tan sólo se realizaron 4 pozos: el de los "Cristinos", el del "tío Chambas", el pozo el Cemento y el pozo la Cruz, cuyos propietarios fueron Joaquín Jorquera, Ramón Clara y Trinidad Clara, hermanos, recuerdo que empezó su explotación sobre los años 1930 y el jaboncillo que se sacó de éstos, era de un blanco purísimo. Además en la falda del Cerro la Cruz hubo una mina muy buena, que fue la de Serafín Cañete y el pozo la Terrera.

Por los años 1960, Somontín sufre una gran salida de emigrantes del pueblo, que se van en busca de nuevos horizontes y esperanzas de mejora, que encuentran en los países europeos,

principalmente Alemania y Francia, a donde mayoritaria y paulatinamente se van marchando y por consiguiente también abandonando la explotación de las minas y pozos de talco, por esta década también se había comenzado a notar el agotamiento de recursos y cada vez era más difícil su localización y extracción, por tanto era lógico que con la nueva posibilidad de salir, los mineros se arriesgasen, ya que su trabajo no se veía recompensado y en Europa se podía ganar más en un mes que en Somontín en un año, no se perdía nada con probar y así comenzó el declive y la caída de nuestras minas y pozos.

Pero unos pocos aguantaron hasta el final, entre éstos estaban Juan Resina Pérez (nacido en 1919), su hijo y su cuñado Juan "Chimeneas" Vicente Mora, que desde muy niño, había trabajado toda su vida en la sierra haciendo catas en el Benerito, y ante tan poca producción, ya estaba cansado y aburrido, entonces decidió cambiar de sitio e intentar mejorar su suerte, buscó por toda la sierra, haciendo catas por aquí y por allí, que casi nunca pasaban de poco más de 1 metro, hasta que un día dio el golpe que todos los mineros hemos buscado a lo largo de nuestra vida. Corría el año 1965, en el Cerro del Aguila hizo una gran cata y enseguida afloró el jaboncillo, siendo una de las minas que más jaboncillo ha dado en Somontín y por supuesto, la última que pudo dar una gran riqueza a sus descubridores, un gran regalo y un mejor final, como epílogo a la explotación de las minas por parte de los somontineros.

Compañías de explotación

A mediados del siglo XIX, aproximadamente 1850, se comienza a vender algún material, que se dedicaba sobre todo a realizar piedras de sastre, que en principio fue el primer aprovechamiento al que se dedicó el talco que se sacaba de Somontín debido a su gran calidad, según contaban los antiguos.

Con la afloración del talco en Somontín, llega la necesidad de organizarse y rentabilizar al máximo la explotación industrial de tan rico y apetitoso pastel económico, y así se crea la primera compañía: que en un principio estaba formada por Anselmo Echevarrías, Manuel "Diego" Acosta, Gervasio "Faustina" Acosta y Serafín "Teto" Ramos (padre de la Muda), y al no obtener rentabilidad alguna, ante el incierto futuro, tanto Gervasio como Serafín deciden salirse y así queda formada la "ECHEVARRÍAS & ACOSTA", que se dedica a concentrar y adquirir todo el talco que sale de la Sierra de Somontín, para transportarlo a los lugares de refinamiento e industrialización.

Como dato anecdótico hemos de recoger que allá por el año 1918, se funda otra compañía de nacionalidad inglesa: "THE SOMONTÍN MINES LTD", que también se dedica a la compra del jaboncillo y a su comercialización, pero debido al poco negocio que había en aquellos tiempos, su existencia duró muy poco tiempo.

Hasta que por los años 1928-1930 en que se nos presenta una nueva alternativa, la de los "Leoneses", al frente de la cual estaba el Sr. Gabiolí, que también tenía minas en propiedad en la provincia de León, pero el material que se sacaba en Somontín era de una calidad infinitamente mejor, éste señor era buen conocedor de los mercados nacionales e internacionales, y encontró en Somontín la materia prima necesaria y adecuada para rentabilizar cualquier inversión económica, así pues llegó la competencia a la antes establecida, gracias a esto la explotación del jaboncillo comenzó a tomar fuerza y a ser conocida la calidad del talco de nuestro pueblo y se inició un periodo de máximo rendimiento en la extracción de talco, de lo que se vieron beneficiados los mineros del pueblo, que consiguieron mejor precio para su producto y mejorar su maltrecha y dura vida.

Sobre estas fechas, Somontín conoce la época más blanca de su historia, con la unión de la "COMPAÑÍA DE LOS LEONESES" y la "ECHEVARRÍAS & ACOSTA", en el pueblo por aquellas fechas había más de 500 caballerías y durante más de un mes se estuvo bajando jaboncillo a la Estación de Purchena, a razón de 5 vagones de tren de mercancías diarios, la entrega final fue de 150 vagones.

En esta época dorada del blanco mineral de Somontín, se llega a una producción récord, se consigue sacar sólo en nuestra sierra, más del 45 % de la producción total del estado español.

Como en todo negocio que se precie, con la llegada de los "Compañía de los Leoneses" a Somontín, se crea un período de inestabilidad y de crispación social, ya que los anteriores empresarios no tenían competencia y prácticamente hacían lo que querían, poniendo y pagando el precio que estimaban oportuno y si lo quieres lo tomas y si no pues te comes el talco. La "Echevarrías & Acosta" se opuso, poniendo todo tipo de trabas a la entrada de los Leoneses, pero al final la presión de los mineros que se les echaron encima, ya que oyeron nuevas premisas de mejora, y por otro lado, la fuerza económica del Sr. Gabiolí, por lo que no les quedó más remedio que ceder a esta presión y así pues, la "Compañía de los Leoneses" se hace con el 51 % de la Cía. "Echevarrías & Acosta" y ésta se establece en la Estación de Purchena.

Para llegar a estos acuerdos, se organizó una representación de los mineros de Somontín, encabezada y dirigida por el sindicato de más representación: la UGT, del que era su presidente Juan Reche Reche "Cocón", padre de Luis "Cocón", hasta hace poco tiempo, cartero del pueblo y el "tío Frasco Navío", éstos se desplazaron a Purchena para estar

presentes en las negociaciones y seguir en directo, lo que se negociaba en dicha transferencia de poderes o fusión de empresas, y como comprobante, traerse una copia de los acuerdos que se tomaron ante notario; con esta operación comercial, el pueblo comenzó una nueva era más rentable y fructífera para sus intereses, ya que anteriormente apenas se podía comercializar el jaboncillo, ante la falta de mercados de la "Echevarrías & Acosta" y el bajo precio al que se pagaba.

Con motivo de este acontecimiento la hermana de tío Frasco Navío, María que era una persona muy alegre, despierta y a todo lo que acontecía en el pueblo le sacaba su cancioncilla, tuvo una dedicación especial al acto y lo plasmó con la siguiente ocurrencia:

***Cuando vino Gabiolí,
Frasco no tenía chaqueta
y le dió Gregorio una
para bajar a Purchena.***

Lo que nos da una idea, de cómo andaban las cosas económicamente por el pueblo, en aquellos años.

Esta unión-fusión-absorción: "Compañía de los Leoneses" y la "Echevarrias & Acosta", se denominó SOCIEDAD ESPAÑOLA DEL TALCO (S.E.T.).

Más tarde se crearon otras compañías con mayor o menor volumen de negocio y tiempo de duración, como fue la creada por PEPE OLIVER, la de RAMÓN "EL CHINITO" de Tíjola (marido de la Muda), ANGEL SALAS, que tuvo una corta duración y la de DIEGO RUIZ, que fue la que más tiempo duró en la explotación del talco y hoy en día aun sigue, enclavada en el mismo lugar, muy modernizada, totalmente adaptada a otro tipo de explotación, ya que se ha convertido en una de las fábricas más importantes de la provincia de Almería, dedicada a la molienda de piedra de mármol, para productos y preparados de la construcción.

Desgraciadamente para nosotros hoy en día, todas estas minas y pozos están enterrados, sólo sobrevive al paso del tiempo la Mina del Pinato, de la que fui copropietario y a la que durante un montón de años de mi vida le he dedicado todo mi esfuerzo y trabajo, a la que le debo agradecer la entrega generosa de su riqueza, que me permitió a mi y a mi familia poder vivir un poco más dignamente.

Los molinos y fábricas

La primera molienda del jaboncillo de Somontín se realizó en el "Molino de los Gaspachos", hoy propiedad de los "Castellones", que estaba dedicado a la molienda de trigo para hacer pan, después de los "Gaspachos", este molino pasó a ser propiedad del "tío Paco Ventura" y a éste se lo compró "Pepe Castellón", del que pasó a manos de sus herederos: sus nietos.

Como este molino se fue quedando pequeño, se construyó el "Molino Alconso", el cual se hizo con unas enormes dimensiones y grandes naves para almacenar cientos de vagones de jaboncillo. Sobre los años 1927-1928 y para hacer funcionar y hacer rentable al máximo la molienda de jaboncillo, los propietarios del "Molino Alconso", compraron un motor de avión procedente de Alemania, de marca YUNKER, con los sobrantes de la electricidad que producía este motor, se instaló una red eléctrica para el pueblo, que les costó bastante tiempo desarrollar, una vez instalada la red de distribución, el que deseaba aprovecharse de las ventajas de la electricidad se enganchaba a la red y por cada bombilla que se instalase había que pagar 5 pesetas. A las 01.00 horas de la madrugada, se cortaba el suministro de electricidad a los particulares.

En el "Molino Alconso" comenzaron a trabajar 3 hombres, que fueron Juan Emilia, Juan Nena y Antonio "el Calabazas", 2 trabajaban de día y 1 de noche y se iban rotando los turnos periódicamente, el trabajo por aquellos tiempos se realizaba sin ninguna protección y no se conocían los efectos que pudiera tener la exposición constante de los trabajadores a los polvos que emanaban del molino y que estaban permanentemente respirando los que allí se encontraban, como resultado final hubo que lamentar la intoxicación y la muerte de los 3 trabajadores en edad muy joven.

La entrega y acarreo

Para el transporte del jaboncillo de la Sierra de Somontín a las instalaciones del molino o a la fábrica de la Estación de Purchena, se utilizó el único medio de transporte posible en aquella época de nuestra vida: las caballerías de todo tipo de animal equino. Los burros y mulos del pueblo comenzaron a trabajar a destajo y fueron de un aprovechamiento y utilidad impagada, y por que no decirlo, a veces maltratados, con poco pienso y muchos palos.

A los animales la noche anterior a un día de acarreo, se les solía dar una alimentación extra o especial, a la paja se le añadía una buena ración de pienso: grano, normalmente cebada, maíz, centeno, habas, lleros, trigo, etc., de lo que se tenía en más abundancia y no se necesitaba para las personas. Era algo especial, por que de ellos se esperaba también un buen rendimiento, en esos días de continuo ajetreo.

Constantemente estaban en marcha: yendo cargados con 2 quintales de jaboncillo en sus lomos, lo que es igual a 100 kgs. y viniendo vacíos a por la próxima carga, normalmente se hacían dos bajadas por jornada a la Estación de Purchena y podía variar entre 4 a 6 bajadas por jornada al "Molino Alconso".

Las distancias que se recorrían en cada acarreo, eran aproximadamente dependiendo de donde se cargase, de la sierra al "Molino Alconso": unos 4 kms. y de la sierra a la Estación de Purchena: unos 11 kms., que si contamos la ida y vuelta, nos sale un montón de kms. recorridos por día, no había que hacer mucho deporte en aquellos tiempos para tener un perfecto estado de forma física y una figura bien estilizada.

En el acarreo intervenían prácticamente todas las caballerías del pueblo, que iban guiadas casi en su mayoría por mozos de mediana edad de 12 a 16 años, alguna persona mayor y muchos niños, que apenas tenían los 6 años en adelante, era un trabajo muy duro para gente de esta edad, había que levantarse a la madrugada, entre las 05.00 y las 06.00 horas de la mañana, para subir a la sierra e ir a los pozos o minas, donde se entregaba el jaboncillo, había que soportar un frío terrible y cuando se llegaba, esperar el turno de carga, se cargaba la caballería con 2 quintales cada una y excepcionalmente, si el animal era muy fuerte o nervioso, para calmarle los ímpetus, se le cargaban 3, o sea 150 kgs. y andando hasta la Estación de Purchena.

Por aquellos tiempos y para recuperar la pérdida continua de asistencia a las clases de la escuela municipal de los niños del pueblo, por estar empleados continuamente en las labores de bajar jaboncillo, el maestro: "el Tío Cojillo", estableció la posibilidad de asistir a clase después de un largo día de trajín y creó la Escuela de Noche para que pudiésemos recuperar algo de lo perdido, ya que cuando había jaboncillo, la escuela se quedaba prácticamente vacía.

Los caminos que conducen a la Sierra de Somontín estaban llenos de animales y personas en tránsito, las recuas de animales eran infinitas, todo un espectáculo ahora inimaginable, se podía ver el final de la cola conforme se asomaban por la Somaíca, bajando hacia el pueblo y la cabeza ya llegaba a las Eras, animales y personas guardando un perfecto orden, llevando un mismo ritmo de paso y todos en fila india hacia el destino de la carga.

Durante el camino podía pasar que la carga se soltase o torciese con el movimiento del animal al caminar, o que el animal tropezase y fuera al suelo animal y cargamento, u otros pequeños accidentes, que en el caso de tener fuerzas suficientes los que iban en ese grupo, se volvía a cargar o componer y se seguía adelante, pero si el grupo de arrieros no podía, por ser demasiado jóvenes, éstos tenían que esperar a que llegasen compañeros mayores, que les ayudasen a subir otra vez la carga al animal, para así seguir al lugar de destino.

Al llegar a la Estación de Purchena, se procedía a la descarga en el lugar que indicaba el operario que allí había y entonces se recogían sacos y sogas, se colocaban en el lomo del

animal y a la vuelta nos subíamos en la caballería y por lo menos el regreso era más llevadero. Cada arriero solía llevar o hacerse cargo de 2 animales, algunos llevaban 3 ó 4, cuando esto sucedía, se ponía el animal más noble abriendo recua y los demás se amarraban uno al otro de reata, para así ser guiados y controlados, tanto al ir cargados como al volver de vacío.

Normalmente se realizaban dos entregas por día, en un segundo viaje, que acababa por la tarde, cuando los arrieros pasaban con sus animales cargados con destino a la Estación de Purchena, al llegar a la curva de Juan Galera, que está a la entrada del pueblo, bajando por las Peñicas, en el cruce del puente del barranco de las Mancovas y la entrada al camino de las Eras, se solía realizar un encuentro entre familiares que salían al paso de los que estaban de acarreo, para entregarles su merienda o comida, la que degustaban caminando hacia su destino, en este punto nos esperaba el hermanito o hermanita, o nuestra madre, que al pasar la recua nos acercaba el talego, que contenía según la época del año, un trozo de pan, algo de chicha (embutidos), higos secos, almendras o frutas del tiempo, la bebida la conseguíamos al pasar por las diferentes fuentes que emanaban en las balsas, que nos íbamos encontrando a lo largo del camino, no había mucho donde elegir y no se podía ser muy delicado: isabía a gloria!

El precio del acarreo por los años 1928-1930, se pagaba muy mal, pero había que ir, ya que era una fuente más de ingresos, que nos permitía respirar un poco mejor en aquellos tiempos, las primeras cargas a la Estación de Purchena se pagaban a 7 reales de peseta, o sea 1'75 pesetas, aproximadamente 1 céntimo de los Euros actuales, y al "Molino Alconso" se pagaba a 3 reales de peseta, lo que es igual a 0'75 pesetas o a menos de 0'50 céntimos de Euro, o sea una miseria, ya que por cada viaje a la Estación se había de emplear media jornada, unas 5 ó 6 horas. Al "Molino Alconso", se tardaba en cada transporte, aproximadamente 2 horas.

La economía de todos los habitantes del pueblo y la vida en general, comenzó a girar en torno a las entregas del talco, tanto por lo que se cobraba por la venta del material, como por lo que se conseguía con el acarreo, era muy común el ir comprando cosas en las tiendas del pueblo y pedir al propietario de la tienda que lo apuntase en la cuenta, que cuando el marido o los hijos entregasen el jaboncillo, o se cobrase el acarreo, se saldaría la deuda, ambas cosas iban ligadas, puesto que la compañía que compraba, solía liquidar las dos cosas el mismo día, así pues, todos los tenderos tenían sus libretas de apuntes en las que se anotaban las cosas que se llevaban los convecinos, también se solían saldar las deudas de otras adquisiciones, como casas o animales cuando se cobraba el jaboncillo, era el eje en el cual giraba la vida de nuestro pueblo.

Una jornada de trabajo

La jornada de trabajo se solía hacer de dos maneras, los que explotaban un pozo o mina, se ponían de acuerdo en como trabajar, para sacarle más y mejor partido a su labor, dependiendo de sus necesidades o disponibilidad de tiempo.

La manera más común consistía en hacer una media jornada, la que se daba por finalizada aproximadamente a medio día, para ir a comer a casa en el pueblo y luego, proseguir por la tarde haciendo las labores propias del campo, casi todo el mundo tenía tierras de labor y animales a los que había que cuidar y sacar el máximo rendimiento, y la otra era, el comer a pie de pozo o mina, hacer un pequeño descanso y seguir picando, sacando talco hasta el atardecer, que se volvía a bajar al pueblo.

Por la mañana bien temprano, a eso de las 05.00 o las 06.00 horas de la mañana, nos levantábamos: un par de manotadas de agua bien fría a la cara para despejarse, preparar el carburo y la merienda o comida, y como primer alimento, para empezar el día, algo ligero, por ejemplo: 2 huevos crudos en un vaso de vino del país y adentro, esto era una de las cosas que solíamos tomar algunos, ya que su preparación e ingestión era rápida y poseía una buena cantidad de nutrientes y proteínas, en los días de mucho frío, según como pintaba la cosa, yo creo más para despejarse y calentar el cuerpo de manera artificial, si se tenía, un vasito de aguardiente del "tío Pepe Castellón", te ponía las pilas y te quitaba el miedo a salir a la calle, y para arriba vamos.

Casi todos partíamos a buscar y juntarnos con el compañero o compañeros, para hacer el camino más ameno, y conforme íbamos subiendo las empinadas calles del pueblo, los grupos se iban haciendo más numerosos, para tomar la Calle la Sierra, subir por el camino de los Olivos de Bernabé, hasta desaparecer por la Somaíca, para enfilarse la Cuesta de los Perigallos y darnos de bruces con el saludo matinal del petrificado e impertérrito, frío y venerado Picachegarre, hoy desaparecido, molido por los de la gravera, sin ninguna clase de miramiento ni compasión, hacia un monumento natural, referente y muy significativo para los somontineros, tras el Picachegarre nuestros ojos se encontraban con la abertura y esplendor de una sierra llena de agujeros, que como un panal de abejas, nos ofrecía su más preciada riqueza, por sus laderas emanaban los restos de la chiscarra y los desechos de sus pozos y minas, en torno a la cual, nos íbamos cada uno colocando en su lugar de trabajo con una gran armonía, para continuar con la labor emprendida el día anterior, había además un buen compañerismo, una gran solidaridad y sobre todo hermandad, todos sentíamos aquello era nuestro, era nuestra vida, nuestra riqueza, nuestro gran tesoro y como buenos hermanos, los somontineros, nos respetábamos y repartíamos todo lo que nos ofrecía la sierra.

A media mañana, sobre las 09.00 ó 10.00 horas, según como fuera el trabajo, hacíamos una parada y nos disponíamos merendar nuestro exquisito manjar, una merienda compuesta por un poco de pan, chicha, higos secos, almendras y poca cosa más, y a seguir con la jornada hasta el medio día, sobre las 13.00 horas aproximadamente, era la hora de finalizar, los que se quedaban para continuar por la tarde, sacaban su comida, que consistía en algo más fuerte que la merienda: alguna fritada, huevos cocidos, tortillas, o algo que permitiese su conservación y que aportara las energías necesarias para seguir con el duro trabajo, hasta que el sol comenzaba a decir adiós, y los que acababan sobre esa hora, recogían los bártulos y a caminar para el pueblo, a comer a casa, descansar un rato y a preparar las bestias, que en el campo había faena que estaba esperando.

Cuando se había tenido suerte en la jornada, y se conseguía llegar a una buena veta y sacar una abundante cantidad de jaboncillo, era muy corriente entre los compañeros de trabajo el convidarse, pasar por casa de uno o de otro y tomarse un vasito de vino, había que celebrar la buena suerte y compartir la alegría, más tarde al entregar el jaboncillo, las ganancias del mismo, se repartían a partes iguales.

La contratación y el pesaje

Cada compañía tenía en Somontín un delegado o persona de confianza, que se encargaba de contratar con los mineros la compra de jaboncillo, el día de la entrega y de realizar las labores de pesaje, recuento o anotación de la cantidad entregada por cada pozo o mina, y más tarde era el encargado de realizar los pagos a los mineros y acarreadores.

En los últimos años de explotación del jaboncillo, en Somontín tenemos como delegados: por la "Compañía de Pepe Oliver" a Luis Galera, por la de "Los Leoneses" a Gregorio Bautista, la de "Diego Ruiz" la representaba Juan "Faustina" Acosta y la de "Echeverrías & Acosta" a otro Luis Galera "el Papa Lis", que no tiene nada que ver con el otro citado anteriormente.

Éstos y otros que ejercieron esta función, en primer lugar se encargaban de contactar con los mineros para realizar la compra del jaboncillo y de acordar el precio, cuando tenían contratada la cantidad solicitada por la Compañía, se fijaba el día de la entrega, que normalmente coincidía con el de varios pozos y minas, para así hacer también rentable el acarreo.

El día de entrega, el representante se desplazaba a la sierra y se presentaba en el pozo o mina contratada, allí se encontraba con el representante del ayuntamiento y con los propietarios que entregaban y por orden de llegada, una inmensa y larga fila de animales y de arrieros que esperaban su turno para cargar el jaboncillo al animal.

El pesaje se realizaba con una romana, primero se llenaba un esportón de jaboncillo, hasta alcanzar los 50 kgs., se le enganchaban los ganchos (un doble gancho unido a una anilla central, todo de acero), que se colgaba en la romana, ésta a su vez estaba sujeta a una cabria, que se apoyaba sobre tres palos o puntos de apoyo, anclados en el suelo, si faltaba un poco de talco se le añadía al esportón y si sobraba se le quitaba, hasta dar el peso que tocaba.

Cuando se tenía el quintal (50 kgs.) pesado, se vaciaba en un saco y se colocaba sobre uno de los lomos del animal, que esperaba se le colocase otro quintal al otro lado, la carga completa era de 2 quintales (100 kgs.), se amarraba la carga y listo para comenzar el camino. Así, paulatinamente se iban cargando animales, hasta que se acababa en jaboncillo en el pozo o mina, cuando esto sucedía, todo el aparejo de pesaje y el pesador, se desplazaba al siguiente pozo o mina de entrega, que solía estar cerca, se procuraba que esto fuera así, para hacer más rápida y amena la labor.

Cada encargado del pesaje se cercioraba de que el peso fuera el correcto, además apuntaba en una librería las cargas entregadas en cada puesto, cosa que era comprobada a su vez por un responsable del pozo o mina, y el representante del ayuntamiento, que controlaba la producción de cada pozo o mina, para posteriormente, tasar los impuestos municipales que habían de abonar los propietarios de las minas y pozos, con los que prácticamente se cubrían el total de los ingresos municipales, y así estar de acuerdo las tres partes interesadas, esta era una labor muy importante, ya que a la hora del pago también había que estar de acuerdo y por otro lado, en la fábrica o molino de la compañía contratante, había otro responsable que se encargaba de anotar las cargas que llegaban y se depositaban en cada entrega, era un control muy exhaustivo y casi nunca hubo diferencias.

Posteriormente, casi siempre pasado un mes o dos, llegaba el día de pago del jaboncillo a los mineros y a los acarreadores, que se realizaba en la casa de la persona responsable de la compañía en Somontín, era el día grande, el día de poder pagar las deudas, del ahorro o de poder realizar nuevas compras.

Herramientas y utensilios para la extracción del talco

Para la extracción del talco de las entrañas de la sierra, utilizábamos diferentes herramientas, según fuese la explotación: pozo o mina, pero en líneas generales los utensilios eran éstos: TORNOS, GANCHOS, CUERDAS O SOGAS, PICOS, AZADA, ESPUERTAS O ESPORTONES, CARBUROS, MARRO, PUNTERO, BARRENA, DINAMITA Y MECHA.

El **torno** era un aparato o artilugio de madera, de forma cilíndrica, de un grosor aproximado de 25 a 40 cms. y un largo de poco más de 1 metro, situado en la boca del pozo sobre dos puntos anclados en el suelo en forma de cruz, llamados tijeras, sobre las que se sustentaba el torno por su eje central, que era de acero y lo atravesaba de parte a parte, al que a la vez se extendían o añadían los brazos o manivelas, llamadas cigüeñas, para hacerlo girar, servía en primer lugar, para bajar y subir a los mineros, éstos metían una pierna en el fardón y bajaban al fondo del pozo, para proceder a su trabajo, cuando los picadores llenaban las espuertas de jaboncillo, las enganchaban por las asas a los **ganchos**, que se sujetaban a la cuerda y desde la parte de arriba del pozo, otros compañeros hacían girar el torno, que por un lado iba enrollando cuerda y por el otro la iba soltando, al subir la espuerta cargada de talco hasta arriba del pozo, uno de los compañeros la cogía, la desenganchaba y depositaba el jaboncillo en el montón que estaba situado en la plazeta que se hacía alrededor del pozo, a pocos metros de la boca del pozo, alrededor de este montón se solía poner una base de piedras, para evitar que en caso de lluvia el jaboncillo pudiera ser arrastrado por el agua.

La **cuerda** que se utilizaba en la extracción del talco, era de esparto y de un grosor bastante estimable, ya que había de soportar mucho rodaje sobre el torno y mucho peso, también tenía un gran longitud, debía poseer más del doble de la profundidad del pozo.

Los **picos** de los mineros de Somontín, eran de acero, ligeros si se habían de utilizar con una sola mano, éste medía unos 25 cms. de largo y el astil medía unos 50 cms., éste era el más usado y práctico, debido al reducido espacio en el que se habían de emplear, no podían tener unas grandes dimensiones, en ocasiones se podía utilizar un pico más grande, asido con las dos manos y de doble uso, en un extremo acababa en punta y en el otro terminaba en zapa u hoja muy estrecha y cortante, que tenía una longitud de aproximadamente unos 50 cms. y 1,10 metros de astil, que quedaba sujeto al pico por la hendidura central, con éste se conseguía mucha más productividad y mejor desarrollo del trabajo. Se empleaban tanto en la mina como en los pozos.

La **azada** que se utilizaba, en algunas ocasiones en las minas y pozos era de acero y debido al espacio donde se empleaba, tenía unas dimensiones muy pequeñas y un astil corto de unos 25 ó 30 cms., se empleaba especialmente cuando se iniciaba la explotación para abrir la boca de la mina o pozo y para recoger y llenar la espuerta del material que se había picado.

Las **espuertas** o **esportones**, eran unas vasijas pequeñas, hechas de esparto, muy adaptables a las estrechas galerías y trancas, por donde debían en ocasiones arrastrarse llenas de jaboncillo, con una capacidad de un medio quintal, aproximadamente 25 ó 30 kgs..

El **carburo** era un artefacto con el que nos proporcionábamos la luz dentro del pozo o mina, tenía una forma de cilindro metálico, se desmontaba en dos partes que se unían mediante roscas al girar, en la parte baja se depositaba la **piedra de carburo**, sobre una capa de cenizas, la parte alta se llenaba de agua, al abrir el paso del agua y entrar en contacto con la piedra de carburo, se producía un gas, que era guiado por un conducto interno hasta la boquilla de salida, que estaba situada en la parte alta exterior del carburo, donde se producía la llama de luz que necesitábamos para trabajar en las entrañas de la tierra, la llama de luz se podía manipular mediante una pequeña rueda situada en la parte alta y externa del carburo, que girando hacia un lado u otro abría o cerraba el paso del agua hacia la piedra de carburo: a más paso de agua, más producción de gas, lo que era igual a más intensidad de llama o luz. Tenía un asa que se sujetaba en los laterales y al asa se le añadía un gancho

metálico que servía para colgar el carburo donde más nos convenía para hacer nuestro trabajo.

La **piedra de carburo** está formada por una combinación de carbono con un cuerpo simple, el carbono cálcico, es de un color gris y se obtiene calentando la cal viva en un horno con carbón, que al entrar en contacto con el agua, reacciona y se produce el acetileno o gas.

El **marro** era una herramienta que se utilizaba para golpear la **barrena** y el **puntero**, cuando se encontraban cantos o vetas rocosas y la única manera de rebajarlos era a base de golpes contundentes, está formado por una pieza de acero macizo de forma rectangular, con un agujero en el centro de su cuerpo, que sirve para sujetarlo al astil, su peso oscila entre unos 5 a 7 kgs.

La **barrena** y el **puntero** se utilizaban golpeándolas con el marro, para rebajar las rocas o hacer el agujero donde colocar la dinamita, para abrir la roca a base de **barrenos**, el puntero y la barrena era de acero macizo.

El **barreno** o **carga de dinamita** se utilizaba cuando a base de golpes no se podía avanzar en la extracción del jaboncillo y había que abrirse paso en el interior de la mina de forma contundente, para seguir el camino natural de las vetas del talco, se hacía una agujero en la roca a base de barrena y marro, y en él se colocaba una carga de dinamita, a la que se le conectaban los metros de **mecha** que fueran necesarios, para asegurarse que la explosión del barreno no alcanzase a los mineros, se prendía fuego a la mecha y al llegar a la dinamita, ésta explosionaba, reventando la roca.

La **mecha** era un hilo o cuerda fina, de un grosor aproximado de 0,50 cms., de color negro, envuelto y cerrado, en el centro de su interior había un pequeño tubo que estaba lleno de pólvora, a la que se le prendía fuego para que lo transportase hasta la carga de dinamita o barreno para que estallase, la mecha era la línea que marcaba nuestra distancia de seguridad antes de explosionar el barreno.

El esparto

Si nuestra sierra nos ha proporcionado de forma gratuita una abundante riqueza en jaboncillo, no menos abundante y generosa ha sido su aportación al desarrollo de nuestra vida y existencia con otro producto natural, que ha crecido a lo largo de los siglos en nuestros montes: el ESPARTO.

El esparto es una planta propia de los terrenos esteparios, pertenece al género de las gramíneas y se compone de finas, largas y duras hojas filiformes.

Con el esparto hemos confeccionado los enseres necesarios para poder trabajar y sacar el mejor rendimiento a nuestro trabajo, el esparto ha sido un material económico, ya que no nos ha costado nada, ha nacido en nuestra sierra de forma libre y salvaje, sólo hemos tenido que ir a buscarlo, recogerlo, tratarlo, curarlo, domarlo y confeccionar con él nuestros elementos de trabajo como son: cuerdas o sogas, pleitas, serones, cofines, espuestas, barcinas, aguaderas, capachos, albardas, aparejos, cinchas, cestos, paneros, esteras, queseras y sobre todo ha tenido una gran utilidad para la confección de esparteñas con las que poder cubrir nuestros pies, en definitiva ha sido un elemento imprescindible para nuestra forma de vida.

En Somontín hubo épocas que la demanda del esparto fue una fuente de buenos ingresos para muchas familias, su recolección estaba bien pagada y hubo años, que durante meses, muchos somontineros se dedicaban a esta labor, por cierto muy dura y sacrificada, dada la dificultad y esfuerzo que requiere. Nuestro esparto tiene una gran calidad y tenía una gran aceptación en el mercado.

El esparto se arrancaba normalmente con una "maja", éste era un instrumento muy rudimentario, consistía en un aparato o artilugio de madera, un palo de unos 25 a 30 cms. de largo, que se sujetaba con una mano y con la otra se le enrollaban las hojas de esparto que estaban bien sujetas a la planta y de un fuerte tirón se arrancaban poco a poco las hojas de esparto que quedaban liadas en la "maja" hasta conseguir un manojito, éste se desenrollaba y se volvía a iniciar otra tanda.

También era frecuente el arrancar el esparto con las propias manos de la planta, las hojas ofrecían una gran resistencia y se producían grandes callosidades y cortes al estirar para arrancarlas.

Poco a poco se hacían los manojos de esparto, que se apilaban en montones, luego se cargaban en el burro y para el pueblo, donde se almacenaba, dependiendo del comprador, en un lugar u otro; en un principio se comenzó a vender muy bien en el mercado de Tíjola, que se hace y se hacía todos los sábados, donde se concentraban grandes masas de gentes procedentes de todos los pueblos de alrededor y allí nos desplazábamos los somontineros con nuestro esparto que tenía una gran demanda y aceptación; más tarde, cuando comenzaron a llegar los primeros camiones al pueblo, se concentraba todo el esparto en grandes montañas a la entrada del pueblo, donde venían los compradores y tras su pesaje y fijación de precios, se cargaba en el camión y se lo llevaban a su lugar de destino. Una jornada de esparto duraba de sol a sol.

Cuando el esparto se utilizaba para el consumo propio, o sea confeccionar nuestros enseres, después de haberlo recolectado, se exponía al sol para secarlo y más tarde se sometía a un baño, durante más de 1 mes se sumergía en el agua para curarlo, luego se volvía a secar y por último había que picarlo para domarlo, así se hacía más fácil entrelazar sus hojas para conseguir formar las cuerdas que necesitábamos para nuestros utensilios; para la confección de las pleitas se usaba el esparto totalmente crudo, quedando totalmente rígidas las tiras de pleitas, que más tarde se unían por sus laterales o bordes y se daba la forma que se pretendía sacar de ellas.

Para picar el esparto se usaba la maza, ésta era de madera muy dura, normalmente de olivo o chaparro, un instrumento de forma cilíndrica, de una sola pieza y compuesto por dos partes: el cuerpo de la maza, que tiene una dimensión de unos 30 a 40 cms. de largo, por unos 8 a 12 cms. de diámetro, ésta era la parte que impactaba directamente sobre el esparto, que estaba apoyado sobre una roca o piedra maciza, y de su parte central, unido a la maza haciendo un mismo cuerpo, salía el mango de la maza con el que se sujetaba, tiene unas dimensiones que van de unos 10 a 12 cms. de largo, de unos 5 cms. de diámetro.

En nuestro pueblo había por aquellos tiempos una gran cantidad de muy buenos y verdaderos artesanos en el manejo del esparto para la confección de enseres y utensilios, tenían unos dedos habilidosos que trenzaban mágicamente entre sí las hojas de esparto, cabe destacar a la "tía Carmen la Catas", que realizaba unos preciosos cestos de peine, que luego artísticamente adornaba pintándolos con vistosos colores, recordar también a "Martirio", "la Rubia Pandera", "Ezequiel el Largo", "los Cañamones", "Isabel la Ranilla", "Mercedes la del Tuerto", "María la Tuerta", "Dolores la de Juan Pizo", "los Chatos", "los Moras", "el tío Faustino", "la Geroma", "los Cachelas", "Juan Pizo", "José Mariano" especialista en hacer barcinas, etc., prácticamente todo el pueblo sabía manejarse y defenderse a la hora de trabajar el esparto, pero especialmente la gente de Triana tenía una escuela y un arte muy especial.

el tomillo y el romero

El **tomillo** también se da abundantemente de forma natural y salvaje en nuestra sierra y hubo épocas en que se ha recolectado para su venta, siendo utilizado como condimento o en infusiones antisépticas, en la confección y elaboración de perfumes y licores, es un planta aromática de la familia de las labiadas, de hojas opuestas lanceoladas, de bordes enrollados, con flores diminutas en racimos de color blanco o rosado.

El **romero** es otra planta que abunda en Somontín y pertenece igualmente a la familia de las labiadas, de hojas compuestas, aromáticas, lineares y de flores azules, se usa en medicina, perfumería y como condimento o aliño, no ha tenido nunca una demanda aceptable, puesto que abunda mucho en el resto del territorio español.

Las fuentes

De nuestra sierra emanan una enorme cantidad de hilos de agua, que brotan por aquí y por allí, dándonos una gran cantidad de fuentes naturales, de las que hemos ido recogiendo sus aguas en balsas para servirnos, en primer lugar, para el uso propio del ser humano: beber y lavarse, y después el que nuestros animales calmasen su sed y nuestros campos fuesen regados, para que nos diesen sus frutos y nos pudiésemos alimentar con ellos.

La fuente más importante que proviene de la sierra es la FUENTE DE SAN SEBASTIÁN, en torno a la cual, se ha construido nuestro pueblo y ha girado desde siempre nuestra vida, pero además de ésta, había una gran cantidad de fuentes que emanaban su preciado liquido pacientemente en balsas, que se iban llenando y luego regaban nuestros campos, nos daban de beber a nosotros y a nuestros animales, fuentes como: "la Fuente el Pino", "la Fuente los Azes", "la Fuente la Carrasca", "la Fuente el Billar", "la Fuente la Agüilla", "la Fuente la Cigarra", "la Balsa de los Cascabeles", "el Balsón de la Alquería", "la Balsa de las Tres Escaleras", "la Balsa el Dingue", "la Balsa de los Morales", "la Balsa de los Liberillos", "la Balsa de los Necios", "la Balsa Maleno", "la Balsa de Andrés Padillas", "la Balsa Santana", "la Balsa Redonda", "la Balsa de los Chambas", "el Balsón del tío Baldomero", "la Balsa de la Rambla", "la Balsa Nueva", "la Balsa el Paso", "la Fuente el Ciprés", "la Balsa de los Colomeras", "la Balsa el Llano", "el Balsón de Manuel Diego", "la Balsa San Juan", "la Balsa el Cortijo Seco", "el Balsón de los Pérez", "el Balsón de los Perichas", "la Balsa Mollina", "el Balsón de la Cuesta Quinos", "la Balsa el Rincón", "el Balsón de José Acosta", "el Balsón de los Reches", "el Balsón de la Cañaneos", "el Balsón de los Ropas", "el Balsón de la Granja", etc.

Con la construcción de acequias de cemento y debido también al abandono de las labores del campo y a la falta de cuidado, muchas de estas fuentes, balsas y balsones se han secado y han desaparecido en la actualidad.

La caza

Otro de los regalos que nuestra sierra nos ha ofrecido, ha sido la gran variedad de fauna que hemos tenido y de la que nos hemos aprovechado, sirviendo de despensa natural en algunos momentos, aportándonos la caza de los animales criados en la libertad de la sierra, siendo un complemento alimenticio lleno de proteínas, en el que la caza de los jabalís, perdices, conejos, liebres, palomas y otros, se ha realizado constantemente, tanto si ha estado permitida como si ha sido prohibida, la caza se ha realizado siempre y de todas maneras: con escopeta, con trampas, con cepos, con liria, etc., no le hemos dado tregua a los animales que han pasado por nuestra sierra, siempre ha habido algún cazador esperando.

En Somontín a lo largo de los años, han existido muy buenos y nombrados cazadores, voy a citar a unos cuantos, arriesgándome a dejar en el olvido algunos otros que también merecen ser citados, éstos han vivido en diferentes épocas, como por ejemplo: el "tío Verdejo", el "tío Chimeneas", el "tío Juan Ollas", "los Nanos", José Clotilde, Felipe Rebelles, "el tío Juan Botas", "los Peneques", "los Padillas", "los Canales", Juan Portal, "el Resina", "el Marín", "Clemente el de José Clemente", etc.

La Sierra de Somontín también ha sido de gran utilidad para el ganado, y a lo largo y extenso de la misma, han pastado enormes cantidades de ovejas y cabras, guiados por pastores enraizados en nuestro pueblo como el "tío Perdío", "los Chumbeletes", "los Cachelas", "los Conchillos", etc.

La leña

La sierra, por último, también ha sido generosa con la aportación de su abundante flora y vegetación, rica, además del esparto, tomillo y romero, sobretodo en chaparros, retamas y pinos, que muchos hemos recogido para calentar nuestras casas en invierno y hacer nuestras comidas y guisos, unos pocos somontineros encontraron en la recogida, casi diaria de leña, su medio de vida, ya que se dedicaban a ello, para así ganarse el pan de cada día, ni mejor dicho, por que los hornos para cocer el pan eran de leña y se necesitaba una gran cantidad de la misma para poder calentarlos y confeccionar tan básico alimento. Era un trabajo muy duro y mal pagado, las manos de los que se dedicaban a este menester, estaban llenas de pinchos y astillas, sangrando en muchas ocasiones.

Los somontineros que se dedicaban a la leña, se tenían que levantar muy temprano, antes del amanecer, desplazarse a la sierra y con la salida del sol, comenzar su tarea cortar y de recoger leña, para estar en el pueblo antes del oscurecer, se amontonaba la leña, se hacían los haces y se cargaban los burros hasta arriba de todo, tan arriba, que apenas se podía ver algo del animal que portaba la carga, por delante de un montón de ramas salía una pequeña cabeza de burro con anteojeras, amarrada de reata al animal que abría el camino y para el pueblo a descargar al horno.

Entre los que más se dedicaron a esta labor de ir a buscar leña, sobre todo al Cañico, cabe citar, a modo de recuerdo y reconocimiento, al "tío Cucalo", el "tío Paterno", a Joaquín "Malo" el Hornero, el "tío Emilio Ventura", el "tío José Isaac" que era de Lúcar, "El Calabazas", "Gervasio el Perdío", a "Juan Pizo", a "Antonio el Cucalo" especialista en aliagas, era casi el único que se atrevía con ellas, etc.

En muchas ocasiones, la leña que recogían los leñadores, los horneros se la canjeaban por pan, a razón de un pan de 2 kilos por una buena carga de leña. También era común el pagar al hornero por la prestación de su servicio, o sea por la cocción de una tabla de pan, lo que era igual a 10 panes, el hornero se quedaba con uno como pago a su trabajo y uso del horno, a esta operación se le llamaba "la polla".

Epílogo: ¿el museo Alconso? ¿por qué no?

Después de tantos años, el mundo ha cambiado últimamente de forma vertiginosa y todo lo anterior ya sólo es pasado, no tiene cabida en el mundo moderno, desarrollar una vida como la que nos tocó vivir no hace mucho tiempo, hoy todo es mucho más fácil, más rápido, más rentable, menos duro y sacrificado que antes, pero antes todo era más auténtico y natural, nuestra vida dependía totalmente de la naturaleza, de nuestro ingenio y también un poco de la suerte, no debemos olvidarlo nunca, no debéis olvidarlo tampoco los que habéis tenido la fortuna de venir al mundo en un tiempo lleno de ventajas y posibilidades para el ser humano.

Por esto quisiera proponer a las nuevas autoridades de nuestro pueblo, que en recuerdo y memoria de otros tiempos, de nuestros antepasados, de nuestros medios de vida, se contemple la posibilidad, en un futuro no lejano, de abrir un espacio físico, un lugar donde guardar, almacenar y dar un merecido descanso a nuestras herramientas de trabajo de antaño y que hoy ya no tienen utilidad, un pequeño lugar de nuestro pueblo, donde podamos colocar y venerar los vestigios, recuerdos y utensilios, que nos han servido a generaciones enteras de somontineros, a miles de nosotros, para progresar y avanzar en la vida hasta el día de hoy.

No debemos dejar que se borre de la faz de nuestro pueblo, lo que ha sido nuestro quehacer diario, nuestra lucha constante por la sobrevivencia; he visto con pena como ha caído la almazara de "los Reches", para convertirse en un simple solar, han desaparecido de nuestro mundo una cantidad de labores y de materiales, de los cuales ya no queda ni el recuerdo, por ello propongo que se estudie la posibilidad de crear en un futuro un museo, para guardar en él nuestro pasado más reciente, en el que colgar de sus paredes nuestras herramientas de trabajo de antaño y todo lo que ya sea sólo pasado y esté irremediabilmente condenado al olvido más absoluto.

En Somontín hay un lugar aprovechable, que está en ruinas actualmente, es amplio, espacioso y está lleno de historia: EL MOLINO ALCONSO, y desde hace decenas de años está esperando una nueva oportunidad para demostrar la utilidad de su existencia: ¿por qué no pensarlo?, ¿por qué no planteárselo?, ¿por qué no aprovecharlo?

iiiUn abrazo con todo mi corazón a todos los somontineros!!!